

VIERNES SANTO

El Viernes Santo no hay celebración de la Eucaristía, por una antigua tradición de la Iglesia, más o menos explicable. En su lugar se celebra una "Acción Litúrgica" basada en la lectura, la oración y la adoración de Cristo Crucificado. La comunión, introducida recientemente, no parece tener mucho sentido desplazada de la celebración de la Eucaristía (aunque comulgar con el crucificado es lo más importante del Viernes Santo).

El centro de la celebración es Jesús crucificado. Se subraya el aspecto de la humillación de Dios, el sometimiento a la cruz del hombre, por amor, para salvar. Esto se presenta en tres lecturas realmente expresivas.

PRIMERA LECTURA, DEL PROFETA ISAÍAS (53)

He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera. Así como se asombraron de él muchos - pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana - otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán, y lo que nunca oyeron reconocerán.

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahveh ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado.

El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahveh se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará.

Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.

Es, con tremenda claridad, la teología de la cruz, en su primer estadio, profético. Frente a la imagen del Mesías triunfante, de la presencia de Dios poderoso que viene desde el poder, la imagen del Siervo Sufriente, el que carga sobre él nuestro pecado. "A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros para que viniésemos a ser justicia de Dios en El" (2Cor;5,21)

DE LA CARTA A LOS HEBREOS (4:14-5:10)

En toda esta carta, se toman figuras del Antiguo Testamento para explicar desde ellas a Jesús. Aquí se compara a Jesús con el Sumo Sacerdote del templo de Jerusalén que, siendo hombre pecador como los demás, ofrece sacrificios por el pueblo. Así Jesús, uno de nosotros, asume la vida y muerte del hombre en sacrificio agradable a Dios. El texto tiene un contenido muy semejante a la lectura de Pablo a los Filipenses que leímos el domingo de Ramos.

Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo. Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón. De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdote, sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec. El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec.

Es importante darnos cuenta de que esta es una manera de explicar a Jesús para gente que conocía muy bien la función de los sacerdotes, los sacrificios, las expiaciones. Jesús no es un sacerdote de Israel, ni es un cordero. Estos símbolos les explicaba bien las cosas a aquellas gentes, aunque hoy han perdido eficacia para nosotros. Puede ser importante recordar algunas

nociones básicas sobre este tema.

Pero todo esto tiene un sentido simbólico, que fácilmente se interpreta mal. La misma carta dice (8, 4) "... si (Jesus) estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote ...". Del sacerdocio se toma su esencia: la ofrenda a Dios. Pero esta ofrenda es ofrenda de sí mismo, y éste es un sacerdocio de cada uno, cuya ofrenda a Dios es la vida entregada al Reino, como lo fue la de Jesús. Aquí tenemos un problema: entender el sacrificio de Jesús restringiéndolo a la cruz. El sacrificio de Jesús es su vida entera entregada. Debemos hablar un poco más del sacrificio.

EL SACRIFICIO REDENTOR.

Se nos ha dicho por activa y por pasiva que redimir es pagar a alguien para que su esclavo quede libre. Es una expresión muy usada y muy peligrosa. Puede entenderse (se ha entendido de hecho) así:

El pecado es una ofensa a Dios y hay que pagar por ella.

El ser humano no puede pagar una ofensa de tal calibre (la magnitud de la ofensa se mide por la dignidad del ofendido, luego es una ofensa en cierto modo "infinita").

Jesús paga al Eterno Padre, con su sangre. Es el redentor, el que nos compra, al precio de su sangre.

Esta interpretación no tiene nada que ver con el Dios de Jesús. No nos salva el amor de Dios, que cobra por perdonar. Jesús no es manifestación del Amor del Padre. La Salvación se convierte en redención, es decir, en que Jesús paga por mí. Todo esto no tiene pies ni cabeza.

Si algún sentido tiene la palabra redención es que Jesús se ofrece al esclavizador para que yo quede libre. Pero el esclavizador es el pecado, no Dios. Dios es el Libertador, esto celebrábamos en La Pascua. Dios libertador se hace presente en Jesús. El amor del Padre es el Espíritu de Jesús. Jesús no es el cordero sacrificado y quemado en el altar, cuyo olor aspirado por las narices de Dios calma su ira (como en el sacrificio de Noé). Jesús es la presencia del amor salvador de Dios entre nosotros, el hombre lleno del Espíritu, de la fuerza del amor que le lleva a hacer de toda su vida una ofrenda, un servicio, hasta sus últimas consecuencias que son dar la vida. En la cruz no conocemos solamente el amor que Jesús nos tiene sino sobre todo el amor del Padre, que no ha escatimado ni siquiera a su hijo querido por nosotros.

Es muy peligroso fiarse de los símbolos del Antiguo Testamento sin purificarlos primero de sus imperfecciones. Y es muy conveniente leer el Antiguo testamento como imperfecta prehistoria de Jesús, y no someter a Jesús a las imperfecciones transitorias del Antiguo testamento.

Por eso sigue siendo tan superior el signo del pan sobre el signo del cordero.

El sacrificio del cordero es ritual y puntual. El pan habla de sembrarse, de enterrar la viuda, de ser para los demás ... no es ritual sino vital, no es puntual sino durante la vida entera. Por esta razón falta el cordero en los relatos de la última cena de Jesús, sustituido por el pan.

Las lecturas culminan con la Pasión. Es el relato de Juan, en el que la figura de Jesús aparece majestuosa, dueño de sí mismo. Ni siquiera se hace alusión al "abandono" de Jesús. (Juan es el único evangelista que tampoco habla del sudor de sangre y la angustia de Getsemaní). Es una pasión triunfal, en que Jesús asume la cumbre de su vida como verdadero sacerdote que ofrece todo a Dios. Repetimos lo dicho para el Domingo de Ramos: "disfrutemos" de la lectura, como modo de contemplación: contemplemos el amor de Dios hecho visible en Jesucristo.

LA ORACIÓN UNIVERSAL

Reunida ante Jesús crucificado, la Iglesia entra en oración, agrupando ante Él todas las necesidades de la humanidad. Es un momento enormemente intenso, puesto que ponemos ante la muerte de Cristo todo el mundo, como esperando los frutos de la redención.

Dado que nuestras celebraciones son multitudinarias, se impone que las peticiones sean estereotipadas, un tanto rígidas. Sería muy bueno que la asamblea pudiera hacer sus peticiones y rogásemos todos por todos ... pero no parece posible en las circunstancias actuales.

LA ADORACIÓN DE LA CRUZ

La cruz, el patíbulo en que está colgado Cristo muerto, es algo horrible, es el escándalo. Que alguien muera ahí es para que todos odiemos la cruz, la aborrezcamos como muestra viva de la humillación de Jesús. Pero desde la fe, la cruz se convierte en el instrumento de la máxima exaltación del amor de Dios manifestado en Cristo. La cruz es la máxima expresión de hasta dónde es capaz de llegar Jesús, hasta dónde puede llegar al Padre. Por esto, la adoración de la cruz es la superación del máximo obstáculo para nuestra fe.

Pero la cruz de Jesús no fue un episodio que sucedió hace dos mil años. Los hijos de Dios de todos los tiempos y desde luego los de hoy, son constantemente crucificados, y son también desafío a nuestra fe y a nuestra vida de seguidores de Jesús. La cruz de los pobres, de los enfermos, de los ancianos, de los marginales, de los refugiados ... es el escándalo actual. Y así

como a Jesús lo crucificaron los pecados de los demás, así mismo a nuestros hermanos los crucifican hoy nuestros pecados. Y éste sí que es un escándalo, que sólo puede superarse si nosotros la Iglesia estamos empeñados en bajar de la cruz a los crucificados de hoy.

La adoración de la cruz es un signo de respeto y amor por algo tan unido al momento más dramático de la vida de Jesús. Pero tiene más sentido. Es la aceptación de la vida como cruz, la profesión de fe en que la cruz no es final sino camino. En la cruz que adoramos está Jesús muerto; solamente podemos adorarla porque sabemos que Jesús no está muerto, que ahora, mientras le contemplamos muerto, está vivo y sentado a la diestra de Dios. Y solamente podemos seguir creyendo en Dios / Abbá de todos si entendemos la vida como misión de des-crucificar, misión encargada por nuestro padre, el Padre de todos.